

ALFAGUARA

Todo lo demás es mentira
Alejandro Hosne



Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Todo lo demás es mentira](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

A mis viejos, justamente.

Nunca intenté averiguar sobre el tío Daniel, ni pregunté más de lo que ya sabía, que era muy poco. Lo que pasó fue que mis papás, que tanto renegaban de él, que tanto silencio guardaban respecto a la famosa ruptura que alejó a mi mamá de su adorado hermano, fueron los que lo nombraron en una charla ocasional, durante una cena, pocas semanas antes de que me fuera a vivir a Buenos Aires. Hablaban del reciente divorcio de los Ramírez, gente conocida en Encinas; decían que el tipo se había portado muy mal, que había dejado sola a la mujer como si nunca le hubiera importado. Comenté que si acaso no se trataban de eso los divorcios, que uno deja a otro o se dejan mutuamente. Mamá me miró y sonrió sin humor, moviendo la cabeza. El viejo, imprudente, dijo que Ramírez actuó tal cual el tío Daniel actuó con el resto de la familia (en verdad mi mamá y mi abuela, no había más familia). Mamá lo fulminó con la mirada. Pregunté entonces lo que nunca había preguntado en la vida: ¿qué hizo exactamente el tío Daniel? ¿Por qué no lo vieron más?

Papá se atragantó, tomó agua hasta vaciar el vaso. Se sirvió otro tanto y volvió a tomar, rogando que se evaporara mi pregunta más que lo que tenía atravesado en la garganta. Mamá me clavó los ojos, lívida. Me sostuvo la mirada unos largos segundos, sorprendida que yo preguntara algo tan directo. Desde que había decidido irme a vivir a Buenos Aires para estudiar, cualquier cosa que preguntara o cuestionara ella lo tomaba como un agravio personal. Me veía como una especie de provinciano devenido en compadrito porteño, prepotente y pagado de sí mismo. Traté de refor-

mular la pregunta y alivianar la cosa. El viejo tomó la iniciativa, no tuvo opción, mamá seguía mirándome con ojos entrecerrados, llorosos de agua de furia.

—Es un tema muy doloroso para tu mamá, Miguel, a esta altura tendrías que saber que hay cosas de las que conviene no hablar.

—Bueno, nomás pregunté porque...

—Sí, sí, sé por qué preguntás, pero parte de la adultez consiste en saber qué preguntar y qué no. Si no, uno estaría como esa gente que se la pasa hablando de todo lo que le hace mal y al final se enferma.

—Darle vueltas a algo que duele mucho es lo que enferma —agregó mamá en voz baja.

—Bueno, pero ustedes estaban hablando de los Ramírez, que se separaron y que el tipo la dejó en banda a la mujer...

—No son nuestra familia, no nos duele hablar de ellos.

—No es tan así, Javier, nos duele porque los conocemos, pero no como si fueran familia —corrigió mamá.

—Es cierto, me expresé mal.

La cena siguió en silencio, alternada con comentarios anodinos; se habló del restaurante de mi viejo, del taller mecánico de su hermano en Laprida, de las inundaciones de lluvias pasadas y del estrago que habían causado en el centro. En el postre ya nadie dijo una palabra.

Había quedado en verme con Rafa para tomar algo en el Sinaí, pero últimamente me deprimía salir. Teniendo los días contados antes del viaje, me sentía en cada salida como un condenado a muerte que ve a sus amigos antes de la ejecución. Bueno, quizá exagere, aunque sí tenía un gustito agridulce encontrarse con los conocidos que yiraban por el centro. Una vez sentado en el bar, lo agridulce se hacía amargo y de pronto todo me aburría, no me concentraba en la charla. Rafa se daba cuenta que yo andaba raro y

lo resentía, pensaba que era algo con él. Le expliqué varias veces que no era así y me creía a medias.

Me llamó por teléfono.

—¿Y nene, otra vez te deprimiste?

—No estoy deprimido. No sé, no... no me hallo.

—¿No te hallás? ¿Desde cuándo hablás como señorito? No te hallás porque no estás acá, estás ahí solo como un boludo, mejor que no te halles entonces. Venite acá y te hallamos nosotros, no sea cosa que te pierdas...

Rafa me ametralló con frases hasta lograr su cometido. Siempre lo lograba, en verdad. Le dije que parara, que en un rato estaría en el bar. Se rió y dijo: "Acá me hallás", contento de sacarle tanto filo a mi desafortunada frase.

Agarré plata, la campera y sonó el teléfono. Nadie llamaba tarde excepto Rafa, y con él acababa de cortar. Mamá me miró, frunciendo el labio.

—Decile a Rafa que esta es una casa de familia, que le perdono una llamada tarde pero no una atrás de otra.

Atendí con una sonrisa.

—Todavía me hallás acá, pero si no me dejás salir no me vas a hallar allá.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Miguel...? ¡Miguel, soy Valerio, el vecino de tu abuela!

—¡Ah, perdón, Valerio! No lo reconocí.

Dije alguna cosa mientras miraba de reojo a mis viejos, alertas cuando escucharon que era Valerio. Era obvio que la llamada tenía que ver con mi abuela. Once y media de la noche, vecino solterón de una vieja sola en la punta de un pueblo minúsculo donde había teléfono nomás para que constara que el siglo veinte había pasado cerca... Sí, tenía que ser algo malo.

Hubo llantos, no sorpresa. La abuela venía flaqueando, amenazando con empeorar más de lo que empeoraba cada semana. Mi mamá se encerró en su cuarto dejándonos a mi viejo y a mí afuera. Una vieja costumbre, la de no compartir su tristeza. La verdad que a esta altura nos había amarroca-

do tanta tristeza que de haber querido llorar con nosotros nos habría incomodado. Papá y yo, dos expertos en evitar sentimentalismos, hablamos en tono bajo y sobrio sobre la vejez de la nona, que la cosa estaba anunciada, que mejor era que no sufriera más y lugares comunes por el estilo. Muy adentro mío sentí tristeza por la nona, a la vez tranquilidad, no sé por qué. Supongo que cuando los viejos se mueren uno acepta que ya no tenían otro lugar adónde ir, nada queda realmente trunco porque se hayan ido.

Rafa apareció sin avisar. Venía a buscarme con el auto del hermano, sospechando, con razón, que yo nunca iba a llegar hasta el Sinaí. Por la cara que puso cuando se enteró que la nona murió sola, en el comedor, viendo la tele —eso dedujo Valerio— y cuando recordó con palabras torpes que la nona siempre fue buena con él y que preparaba café con leche y pan casero en cada visita que me había acompañado, tuve que hacer malabares para retener las lágrimas. Me horrorizaba llorar delante de mis amigos o novias, siempre fui muy severo en ese aspecto. Si veía venir el drama, me la pasaba tratando de aguantar los espasmos. Es que soy de llorar con espasmos, después con hipo, todo muy teatral y un poco patético. El día que murió un compañero de la secundaria en un accidente de moto no lloré con los demás, y eso que en el entierro los padres del chico se deshicieron de la desesperación y fue difícil contenerse. Al volver a casa lloré en mi cuarto con la puerta cerrada, con música fuerte para tapar los ruidos de pecho y garganta.

A fuerza de control mental logré que mi conjuntiva retuviera la lágrima y abracé a mi amigo. Papá, que empezaba a mostrar su ansiedad característica en situaciones difíciles, hizo pasar a Rafa al comedor, le ofreció vino y después corrigió por whisky. El viejo prefería empezar a aturdirse con las idas y venidas que ocasionan los velorios que quedarse mirando la pena de frente. Aunque, claro, ni sentía mucha pena ni habría mucha gente yendo y viniendo.

Fuimos los tres en el auto del hermano de Rafa hasta el mini-pueblo de mi abuela, apéndice lejano de Encinas. Mucha gente caminaba alrededor de la casa, parlotando y disfrutando el hecho de que algo pasara en ese lugar aunque fuera la muerte, en verdad lo único que podía pasar; y por ser inevitable, si no ni eso hubiera tenido. El cómo había muerto la nona fue comentario repetido, seguido de "pobre señora...", como si ellos no fueran a morir de la misma manera algún día: aburridos, solos, con la diferencia que si no era viendo la tele sería durante el sueño.

Empezamos con los trámites del fallecimiento. Rafa dijo que era ridículo eso de apurarse por un muerto al que nada apura, igual de ridículo que tener todo listo para un evento al que el muerto no va a ir, es decir, al velorio. "Bueno, no va en persona, va en cuerpo". Le dije que se callara.

No quise entrar a ver a mi abuela. Me la imaginaba en el sillón con el control remoto en la mano. Obviamente eso era ridículo, no seguía ahí, pero la imaginé tal cual me la describió Valerio. Una vecina me dijo que la habían acomodado en la cama. Mi viejo, muy activo, enumeró los trámites legales por hacer en voz alta y grave. Enseguida vi por dónde venía la mano. Él iba a estar tan ocupado con el papeleo de la mamá de Rosa (remarcó que era la mamá de su mujer para hacer notar que se deslomaba por una madre que no era la suya), así que ¿por qué yo no le iba a hacer compañía a Mamá, que estaba sola en casa? El viejo sabía que no podía consolarla; ella siempre tan reacia a que se le acercaran mientras penaba, encima escondida en su propio cuarto.

Volvimos con Rafa hasta mi casa. Rafa dudó si entrar. No le interesaba ver a mi vieja, siempre capaz de ponerlo incómodo con comentarios raros o haciendo gestos que él no entendía, pero sí quería terminar el whisky, que había dejado a la mitad. Evaluó la situación y decidió abandonar el whisky, dijo que tenía que devolver el auto, cosa cierta,

además. Prometió que lo recuperaba a la mañana temprano así íbamos juntos al velorio.

La casa quedó en un silencio incómodo cuando Rafa pegó un portazo. Seguro que no fue un portazo pero en mi cabeza sonó como la puerta de hierro de un castillo. Fui hasta la ventana, miré el negro del campo. Extrañé un farol que estuvo mucho tiempo al lado de la ruta. Durante los años que funcionó le dio a la zona cierta profundidad; ahora, en lo oscuro, los grillos, los sapos y cualquier bicho con garganta eran los únicos que daban sensación de espacio, con sus chirridos orquestales. Terminé el whisky de Rafa de un trago. Caminé por el pasillo tratando de que se oyeran mis pasos, toqué la puerta.

—¿Mamá?

Oí apenas un murmullo o quejido.

—¿Mamá, estás bien, puedo entrar?

—Sí, Migue.

Abrí la puerta. Sentada en una esquina de la cama, muy erguida, estrujaba el pañuelo. Tengo el recuerdo, al acercarme, de notar que el pañuelo estaba limpio y seco, pero quizá fue algo que inventé después. Me miró con ojos tristes y nada más que tristes, sin la incomodidad de siempre.

—¡Pobre abuela!

—Sí... Y... bueno... estaba grande...

—Igual. Nadie quiere morir.

—Dijo Valerio que estaba viendo El Chapulín Colorado cuando se murió. Bah, que él llegó y el Chapulín ya había terminado, pero calculó por la hora que...

—¿Y eso qué importa? ¡No digas estupideces, Miguel!

—Bueno, perdón, quería decir que al menos murió alegre viendo...

—Basta.

Me levanté para ir por el whisky y me acordé que no había más. Mi viejo le había servido a Rafa la última medida. Mamá largó el llanto; pegué un respingo del susto. Usó el pañuelo. ¿Habría estado realmente seco, no lloró nada an-

tes que yo entrara...? Me agarró la mano con fuerza y me hizo sentar. Siguió llorando sin mirarme. La abracé.

—Mamá era la última persona viva de la familia, ya no queda nadie, sólo yo...

Hizo un largo silencio. No terminé la frase, entendí que iba a terminarla ella una vez pasado el suspenso.

—...y Daniel.

Estrujó el pañuelo.

—Eso nomás quedó... de toda la familia.

—Ustedes no son eso, mamá. Además no eran tantos, tampoco.

—¡Yo quedo, Daniel no cuenta! ¡La familia es familia cuando todos están presentes, si no, no hay familia!

Evalué si decir algo o no. Como había roto el hielo preguntando lo del tío Daniel un rato antes supuse que quizá se había acostumbrado a mis preguntas molestas. No fue así.

—Nunca entendí qué pasó con Daniel. ¿Tan grave fue? ¿No podrías tratar de recomponer las cosas? La nona murió y quedan ustedes...

—¡No! ¡No hay forma de recomponer nada! ¡Él nunca quiso, además, nunca pidió perdón! ¡Para que sepas la abuela no lo perdonaba tampoco, y no hubiera querido que venga a su funeral!

Yo nunca había escuchado que la nona dijera nada respecto a Daniel, ni bueno ni malo.

—Bueno, igual nadie puede evitarlo, tiene derecho, es el hijo. Si viene no se lo puede echar.

Me miró con ojos llorosos que de pronto se volvieron secos.

—Si aparece lo echás vos. ¡Vos, Miguel! ¡No dejes que se quede ni un minuto!

—Pero, ¿cómo lo voy a echar? No tengo derecho.

—¡Por favor, hijo, te lo pido con toda mi alma! ¡No dejes que esté presente, a él no le importaba la familia, si viene va a ser para agraviarnos!

Pensé en la escena: yo esperando que apareciera el tío Daniel sin haberlo visto ni una vez en mi vida. Después él, apareciendo; yo alertado por mis viejos de que ese desconocido era el tío; enseguida yo de nuevo, frenándolo por las guachadas que había hecho en el pasado de las cuales no tenía ni idea. ¿Habría habido golpes? ¿Se atrevería el tío Daniel a pegarme siendo su único sobrino? ¿Y yo le hubiera pegado a él? Claro que no podría sentir la furia que sentía mi vieja. Difícil sentirla cuando no se sabe nada de la persona a la que hay que odiar.

—¿Qué te hizo Daniel, Mamá?

Me miró con desconfianza, no por mi pregunta sino por lo que venía elucubrando desde hacía unos minutos.

—No entiendo cómo podés realmente irte a estudiar quién sabe qué cosa y dejarnos solos. Justo ahora. ¿No ves que estamos solos, Miguelito? ¿No entendés que necesitamos que estés con nosotros?

—Pero, mamá, ya lo hablamos mil veces...

—No hablamos, nunca hablamos. Nosotros hablamos, vos nos ignorás. Papi abrió ese restaurante pensando en el futuro, el nuestro y el tuyo. Y vos lo despreciás, te vas a estudiar quién sabe qué cosa sin...

—¡No es quién sabe qué cosa, es ingeniería! Y como oficio rinde más que un restaurante.

Se calló y siguió llorando con tono bajo, casi un ronroneo. Separó su mano de la mía.

—Suerte que no tengo hermanos, a ver si también me re-criminaban ellos.

—¡Andate! ¡Y ayudá a tu papá con los trámites, si tanto querés salir!

—No dije que me quería ir, vine a acompañarte.

—Me cuestionás todo, eso no es compañía.

Salí del cuarto, busqué mi campera y los documentos de la abuela, que por orden de mamá siempre estuvieron en nuestra casa. Estaba por abrir la puerta de calle cuando mamá me tocó el hombro. Me di vuelta, me abrazó.

—Estoy triste, Migue, entendeme. Yo sé que vos sos un buen chico, ¿cómo no voy a saberlo? ¡Soy tu mamá!

Le di un beso y murmuré algo con tono amistoso. Me acarició el cachete, señal de que podía irme más o menos en paz. En la entrada, ya con un pie afuera, me atajó con puntería de cazadora.

—Si aparece Daniel no lo dejes pasar. Te lo pido, hacelo por mí.

Eran muchas cuabras hasta el centro pero tenía ganas de caminar. Y yendo solo no tendría que hablar con nadie de lo que no quería hablar. Quizá con Rafa hubiera podido despotricar contra mis viejos, contra Mari también. Aunque Rafa y Mari eran amigos, Rafa era como mi hermano, yo tenía prioridad sobre ella. Mari era mi novia o había sido, ahora era difícil saberlo, la cosa venía en picada hacía unos meses. Se iba a enojar cuando supiera que no le avisé enseguida de la muerte de la nona.

Llegué a la municipalidad con una capa de rocío en la cara. Había una luz en el mostrador central, lo demás era oscuridad. Papá se sobresaltó al verme. No preguntó qué hacía ahí, supongo que estaba cansado y todavía faltaban muchos detalles antes del velorio. Esperaba un documento que tenía que firmar y que no traían.

—Don Rogelio me está haciendo un favor, está solo. Me prometió tener todo listo en media hora.

—Sí, me imagino cómo sufre.

—Shh, que no te oiga.

Don Rogelio era un viejo ortiva, no mucho más que eso. De joven fue un amargo que trabajaba en la municipalidad y ahora, de viejo, seguía siendo un amargo que trabajaba en la municipalidad. Siempre le hacía ver a todo mundo que le estaba haciendo un favor y que lo que le solicitaban era muy complicado, cuando en verdad apenas cumplía con lo mínimo que le correspondía. Si uno lo cuestionaba el trámite quedaba trabado para la eternidad, así que se le

rendía pleitesía. Yo no lo hice nunca, por eso mi licencia de manejo tuve que ir a sacarla en Tres Arroyos. Rogelio quiso que me le arrodillara nomás porque el examen en el pueblo era dar una vuelta a la plaza principal y no tener que ir a un circuito como en Buenos Aires, como si él hubiera decidido eso, además.

Apareció Rogelio y nos saludamos con un “mnss”. Desplegó los papeles en la mesa teatralmente, como si fuera a darnos un salvoconducto para pasar de un país en guerra a uno neutral y nuestra vida dependiera de eso.

—¡Gracias, don Rogelio, usted siempre nos salva!

Rogelio arqueó las cejas y murmuró unas palabras supuestamente tímidas que eran claros elogios a sí mismo. Papá se despidió con efusivos agradecimientos y yo me despedí con un “mnss” que Rogelio ni devolvió.

Salimos al rocío; el amanecer estaba sacándose la frazada y un fresco agradable llenaba los pulmones. Le dije al viejo que iba a lo de Rafa y de ahí a lo de la nona. El viejo preguntó cómo estaba mamá, si muy mal o más tranquila. Quería saber con qué paquete se iba a encontrar. Me molestó su actitud así que no le di información, que se desayunara él solito.

En lo de Rafa no había luces prendidas. No podía tocar la puerta así que me senté a esperar en la vereda de enfrente. En una hora máximo tendría que levantarse para irme a buscar. Apareció Chirusa, la perrita de Rafa, que me reconoció sin tener que olerme. Yo era como su segundo dueño. La acaricé y se tiró al piso haciendo un número de amor desbordado; le encantaba que le hiciera mimos en la panza. Me lamió y, excedida de placer, me mordisqueó la mano, sin lastimarme.

Sentí unos pasos cerca y de inmediato silencio. Levanté la vista. Mari estaba ahí parada, mirándome algo sorprendida. Me levanté.

—¿No me ibas a saludar?

—Me asustaste, ahí en la oscuridad... ¡Lamento lo de tu abuela, Migue!

Me abrazó.

—¿Rafa te avisó?

—Sí, me llamó. ¿Por qué no me llamaste vos?

—Era muy tarde, mi mamá se puso mal, en fin, pensaba llamarte temprano hoy. ¿Qué hacías por acá?

—Me... me dijo Rafa que iba a buscarte con el auto y decidí venir también.

La miré unos segundos. Una luz de farol lejano le dio en los ojos negros, esos ojos que tanto me gustaban. Llevábamos mucho de novios, mucho de estar mal también, y aunque había veces que ella ya ni siquiera me calentaba como antes (supongo que yo a ella tampoco), sus ojos eran de un negro fuera de serie. Era un placer mirarlos y ella lo sabía, ponía unas miraditas de reojo muy seductoras cuando notaba que yo me perdía entre sus pupilas y pestañas.

—Te llamé ayer y no me devolviste la llamada. ¿Te avisó tu vieja?

—No te llamé porque no querías hablar conmigo, seguro te quedaste culposo por tratarme mal y querías arreglarlo rapidito, y por teléfono.

—¿Está mal arreglarlo?

—No, pero en tu caso es de compromiso, no te interesa realmente.

—Bueno, no peleemos ahora. La nona se murió y... no sé, me parece medio egoísta andar peleando... por lo menos esperemos a que sea de día y ahí nos damos con todo.

Sonrió y me dio un beso en la boca, largo y agradable. Nos metimos unas buenas manos mientras Chirusa nos mordisqueaba las zapatillas, contenta por tanta visita nocturna.

Rafa salió con aspecto muy fresco media hora después. Se sorprendió de vernos y preguntó qué hacíamos sin esperar una respuesta. Subimos al auto y charlamos unos mi-

nutos mientras se calentaba el motor. Cuando arrancamos ya era de día.

—¿Y de qué se murió entonces?

—Creo que del corazón. El parte médico lo tiene mi viejo.

—Y viendo el Chapulín... ¿eso habla bien o mal de Chespirito?

—No jodas, Rafa, no te pido que te pongas serio pero tampoco te burles...

—Perdón.

—Habla bien de Chespirito.

—Es lo que pensé.

—Ustedes son dos brutos sin corazón. Pobre abuela. Además, si no tenía cable, ¿cuántas opciones tenía para ver algo bueno en la tele? Era eso o una telenovela.

—No le gustaban las telenovelas. Decía que esos finales felices eran una burrada, que lo único real era el sufrimiento de los personajes durante la novela pero que el final, cuando la mucama se quedaba con el amo rico, era falso.

—¿Qué era, intelectual, tu abuela?

—Obvio, por eso miraba Chespirito.

Se rieron de mi comentario. Me sentí culpable. Una cosa era reírse de una anécdota de la nona, otra burlarse. No dije nada, preferí que me creyeran canchero y distante aunque fuera por un rato.

En la puerta un grupo de gente vestida para la ocasión charlaba y fumaba. Valerio me saludó, también los demás, que no me conocían. Habían puesto un farol especial en el comedor de la casa, la luz de la araña que tenía la abuela era muy débil. El farol era burdo, con un cable muy grueso que conectaba a la calle. Mis viejos estaban sentados en el sillón frente a la tele, de espaldas al cajón. Los saludé brevemente y me acerqué a la abuela, envuelta en una mortaja verde claro. La cara estaba algo deformada, no supe si por